



EL HIELO, LA NIEVE Y EL AGUA.

El invierno era muy riguroso; el río estaba cubierto de una espesa capa de hielo. Este hielo era tan fino y tan brillante que, olvidando su origen, se imaginaba que era un diáfano, limpio y trasparente cristal. En todo, hijos míos, hasta en el hielo, hay vanidad. Cuando se trata de las propias perfecciones, todos estamos dispuestos á creer las mayores simplezas. Así le sucedía al hielo.

Y sucedió que el hielo, atribuyéndose la importancia y belleza del cristal, miró con desprecio al agua que corría debajo, y á la cual debía la existencia. Tan convencido estaba de su importancia, que le parecía que todo el mundo debía reconocer su superioridad y mirarle con respeto y veneración.

—Es inconcebible, decía, la familiaridad que esta nieve usa conmigo. ¿Cómo se atreve á venir á colocarse

sobre mi espléndida superficie, ocultándome así á las miradas de los que gozan viéndome?

Un día dijo al agua del arroyo:

—Mira, te agradecería mucho que tomases otra dirección cuando te acercas á mí. Podías irte por el campo, á la derecha ó á la izquierda, hácia donde mejor te pareciera. Me cansas y fatigas con el ruido que haces y el movimiento que traes. Lleva tu inquietud á otra parte, y no me distraigas más de la atención que debo á mis amigos.

¡Sus amigos! Así llamaba á los elegantes patinadores que venían allí á divertirse sobre el hielo, y sólo venían porque el hielo les proporcionaba ocasión de divertirse.

—Y yo, respondió el agua, desearía que tuvieses un poquito menos orgullo, y así es seguro que no dirías tantas necedades. Déjame, pues, que

vaya por donde debo ir. ¿Te parece que tu solidez y tu brillo pasajeros te dan derecho para imponerme tu voluntad? Deja que los arroyos de la pradera vuelvan á seguir su curso, que los torrentes se precipiten por aquí, y verás de qué te sirve toda tu jactancia.

Ya que tú me das tan buenos consejos sin pedírtelos ni necesitarlos, yo te daré otro en cambio, que te conviene seguir; este consejo es que seas complaciente y amable en los días de la prosperidad, porque si no lo eres nada podrás esperar de nadie cuando lleguen los días de la adversidad.

Y esos días no tardarán; tu prosperidad depende enteramente de mí, y en cuanto pueda deslizarme á través de tus moléculas, tan unidas ahora, entónces habrás perdido toda tu belleza y el esplendor de que estás tan orgulloso.

—En cuanto puedas; pero como no podrás..., respondió el hielo.

—No te burles, replicó el agua, porque por fuerte que creas ser, te advierto que no se necesita para acabar contigo más que un deshielo en las montañas. ¿Sabes tú lo que es el deshielo? No lo sabes, porque desconoces completamente las leyes de la naturaleza y los efectos que producen. Mal que te pese, acabarás por probar esos efectos. Revístete, pues, de modestia para el presente y de resignación para el porvenir, porque de otro modo...

Y aquí quedó interrumpido el discurso. Mientras que el agua habla-

ba, su superficie se helaba más y más. Y ya no se oyó su voz. El hielo continuó espesándose, y á medida que aumentaba su volúmen, crecía su vanidad.

—¿Por qué ni para qué, se decía, voy á preocuparme de lo que dice el agua? Eso es indigno de mi elevada posición. El agua está en el fondo del río. Allí puede gruñir cuanto le plazca. Buena tonta es si cree que voy á preocuparme de los consejos que me ha dado. Pero muy callada se ha quedado; esto es, sin duda, que ha determinado variar de dirección. Era lo mejor que podía haber hecho; pero hágalo ó no, me es igual, porque es el agua muy poca cosa para influir en mis gloriosos destinos.

¡Me río yo de sus amenazas! Hablaba nada ménos que de anonadarme, y ella es la que ha tenido que marcharse más que de prisa. En cambio, yo aquí me estoy firme, inquebrantable, sin que nadie pueda conmigo. Realmente, para mantenerse en la posición á que se ha logrado llegar, no hay mejor medio que tener firmeza y energía de carácter. Ya veo venir á mis amigos, que todos los días me visitan; ya vienen á admirarme y á hacer justicia á mis grandes méritos.

Los amigos llegaban, en efecto, en tan gran número, que jamás había visto tantos reunidos.

Allí había hermosas damas con abrigos de pieles, muellemente recostadas en preciosos trineos, que se deslizaban sobre el hielo, impulsados por distinguidos caballeros. Por to-

das partes circulaban los patinadores, corriendo con vertiginosa rapidez, que parecían estrellas erráticas; algunos, con suma habilidad y gran equilibrio, describían figuras caprichosas, cuyos movimientos no podía seguir la vista.

En un sitio aislado, un niño resbalaba, caía y se levantaba riendo, tan dichoso como los más brillantes patinadores.

El pobre hielo, en su ignorancia, no había aprendido cuán poca importancia tiene cada ser en el universo, y creía que toda aquella gente iba allí sólo por él, por rendirle homenaje.

¡Pobre hielo! ¡Qué ilusiones se hacía! En verdad que es una felicidad bien poco segura y bien frágil la que no tiene más fundamento que la satisfacción de sí mismo. Ya no quería siquiera acordarse del agua, que le parecía tan pequeña y miserable. Ignoraba el hielo que lo que parece más insignificante en su origen suele ser el principio de graves y trascendentales sucesos; bien pronto hubo ocasión de que se persuadiera de esta verdad. Un día, después que los patinadores se retiraron al llegar la noche, se levantó el viento Sur, y los copos de nieve, llevados en sus alas, empezaron á caer. Su peso era tan ligero, que el hielo, en la oscuridad, ni siquiera llegó á advertir lo que pasaba.

Por momentos fueron los copos aumentando en número y en volumen, y al bajar graciosa y pausadamente se decían unos á otros:

— ¡Cuánto nos admirará mañana la gente que ahora duerme cuando se despierte y nos vea! No se ve todos los días á la tierra engalanada con un tan hermosísimo manto blanco. Para esto es preciso que Dios nos envíe desde el cielo á visitarla. Vamos, vamos un poquito más de prisa, para que los llanos y los montes estén enteramente cubiertos por la mañana, para que ni una hoja, ni una rama queden descubiertas, para que no aparezca ninguna mancha, por imperceptible que sea, en nuestra incomparable blancura.

Al amanecer, la obra de la nieve estaba hecha; ni una sola línea de hielo se veía. Sumido en la oscuridad por la espesísima alfombra blanca que le cubría, el hielo no sospechaba siquiera que había llegado el día; pero dos niños que separaron la nieve en algunos sitios, dejaron ver al hielo que era ya muy entrado el día. Entónces comprendió la triste verdad; estaba envuelto en un tupido sudario que no le permitía ver ni moverse.

¿Dónde estaban ya su belleza, sus amigos, sus glorias? Recordaba la felicidad de los pasados días y le abrumaba la idea de su bien perdido.

¿Quién se había atrevido á enviar sobre él aquellos copos de nieve? Jamás se vió audacia semejante. El enojo que le había causado el agua con sus impertinentes consejos no era nada, comparado con lo que á la sazón le sucedía.

Los copos de nieve estaban, por

su parte, asombrados de la indignación del hielo.

—¿Quién nos ha enviado? decían. Hemos venido porque debíamos venir. Y continuaban cayendo blancos, ligeros, gallardos y graciosos. Las nubes estaban muy cargadas, y era preciso que nosotros las aliviáramos de peso. Los más próximos á la tierra somos los primeros que hemos venido. No comprendemos, en verdad, tu enojo; al contrario, debias estar muy satisfecho de que hayamos bajado hasta tu superficie, nosotros que estamos acostumbrados á dejarnos mecer por las brisas en el seno de las nubes. Nunca hubiésemos creído que nos ibas á recibir con tan injustificado enojo. Semejante ingratitud no habla, seguramente, en tu favor y ofende nuestra dignidad.

—¡Vuestra dignidad! contestó el hielo con tono despreciativo y á punto de estallar de cólera. ¿Os atreveis á hablar de dignidad vosotros, que no teneis patria ni hogar y que habeis venido aquí á destruir mi felicidad y ultrajar mi belleza?...

—¿Qué estás diciendo, infeliz? exclamaban los copos de nieve. Nuestra patria está en el cielo azul, en el éter, y tenemos por hogar los palacios mágicos de las nubes, doradas por el sol. ¿Qué sabes tú de las magnificencias y maravillas de la obra de Dios, tú que eres triste, inmóvil, ignorante materia? ¿Qué belleza es la tuya? ¿Qué belleza tendrías si no te la diéramos nosotros? Por Dios que es penoso para los hijos del aire, para los seres privilegiados que mecen con

amor los vientos del cielo, venir á encontrarse con seres tan mezquinos y envidiosos como tú.

—Si los vientos del cielo os aman tanto, que vengan y os lleven allá, gritó el hielo furioso. Idos allá con vuestra jactancia y vuestros beneficios. No sois dignos de que os sostenga sobre mí.

—Vaya, calla y aguanta; no tienes más remedio que sufrir que estemos sobre tí. Tu deber es callar.

Durante esta conversacion habíanse disipado las nubes, el sol brillaba en todo su magnífico esplendor, y los patinadores volvian con intencion de divertirse sobre el hielo.

Viendo que todo estaba cubierto de nieve, mandaron venir prontamente hombres con palas y escobas, que fueron apartando la nieve y amontonándola en las orillas.

¿Qué prueba tan dolorosa para la nieve!

La pobre nieve, manchada, pisada, sacudida, golpeada, empezó á gemir y á llorar. Era el único consuelo que le quedaba. En un momento habia perdido toda su belleza.

—¿Qué gente tan estúpida y brutal! decía. ¿Cómo han puesto mi hermosa vestidura blanca con sus infames escobas, y cómo me han humillado con sus odiosas palas, como si yo fuese alguna materia inmunda! ¡Ah! debí temer que me sucediera esta desgracia! Los habitantes de estas groseras regiones no pueden comprender lo que hay de delicado, ideal y etéreo en mi naturaleza.

Pero, ¡ Dios mio! ¿ qué nueva prueba me amenaza todavía?

Razon tenía la nieve en alarmarse aún. Unos chicos habian empezado á reñir, y entre ellos habia comenzado una batalla; la nieve iba á servir de municiones á los combatientes de los dos bandos.

Una docena de manos enérgicas se lanzaron á coger la nieve, que pronto fué convertida en bolas, y lanzada en todas direcciones, dando aquí en una cara, allí en un sombrero, más allá en un pecho ó en una espalda; y en esta batalla más sufría con los golpes la nieve que los mismos combatientes.

Y el hielo se regocijaba grandemente y se complacia en insultar á la nieve.

—Y ahora ¿ qué dices? gritaba. Eso les pasa á los que quieren morder y humillar á los que valen más. Eras muy delicada para venir á vivir en la tierra, ¿ no es verdad? Pues hija, haberte quedado en las nubes, allí en los magníficos palacios dorados por el sol. Nadie hubiera ido á buscarte allí. Ya no tienes ni sitio donde estar, y yo estoy reintegrado en todo mi esplendor, y todo el mundo me adula y me admira como ántes.

Los soberbios reciben siempre el castigo que merecen. Te ha sucedido lo mismo que al agua, que tambien queria convencerme de su superioridad. Tú y ella habeis quedado bien castigadas. ¿ Cómo ha podido cegaros la vanidad hasta el punto de impedirnos ver que á mí solo, por mis

indisputables méritos, pertenece el primer lugar, el más honroso, el más visible, el más brillante?

—Eso lo veremos, observó el agua, hablando ya más alto que la víspera. Somos dos contra tí, la nieve y yo, y te vencerémos, tenlo por seguro. Yo sola con mi fuerza.....

—¡ Como si la fuerza fuese el único mérito y el único poder! murmuraron los fragmentos de nieve esparcidos sobre el hielo. ¿ Qué groseros son estos habitantes de la tierra!

Entre tanto, los patinadores habian comenzado á observar que el hielo era ménos duro, ménos firme, ménos apretado y compacto. Pero no dejaron por eso de continuar su diversion hasta que llegó la noche.

El hielo, en su orgullo, contaba con el auxilio de los que le habian librado de la nieve para que le libráran tambien del agua. El agua, sin embargo, á la callandita se agitaba y crecia. El deshielo habia comenzado ya en la cima de la montaña. Dos ó tres arroyos engrosados por la nieve hicieron irrupcion en el rio, pidiendo que se les franqueára el paso.

—Paso, paso, gritaban; apártate, hielo, quítate de enmedio, ¿ no ves que tenemos que pasar?....

—No me apartaré, decia el hielo, idos á otra parte, vagos, imprudentes.

—Como quieras: pasarémos sobre tí.

—¡ Sobre mí! Facilito es eso. Pues bonito genio tengo yo para dejarme atropellar.

—Eso es lo que vamos á ver, gri-

tó el agua con estentórea voz, y continuó subiendo de tal suerte, que el hielo se vió roto, desgarrado y estalló al fin, deshecho en cien mil pedazos. El agua penetró por todos los rompimientos del hielo y ya se creía victoriosa, cuando paró el deshielo en la montaña, y el hielo creyó que todavía iba á poder unir su superficie y triunfar de tan odioso enemigo.

No pudo, sin embargo, recobrar su fuerza primitiva, atacado como estaba por dos enemigos, la nieve por arriba y el agua por abajo.

Estos dos enemigos, que tambien se odiaban, habíanse unido contra el hielo.

Cuando llegó el deshielo, los patinadores y los niños se fueron para no volver. Ya no podían divertirse allí. Fué un tristísimo dia para el hielo abandonado.

—Mis amigos me abandonan y mis enemigos se gozan en mi daño, dijo con amargura, estoy hecho pedazos y siento que acaba mi vida.

La nieve que le cubria se fué la primera. El hielo, siempre incorregible, consideró esta desaparicion como una prueba de deferencia, mientras que el agua, circulando cada vez más libremente, se decia:

—Todo marcha á mi gusto; este tremendo y presuntuoso hielo se ha puesto al fin en la razon, y me deja extenderme á mi gusto, como me corresponde por mi derecho. Más vale tarde que nunca.

Cada cual, como es uso corriente, se atribuía un poder propio y una

iniciativa independiente. Imaginábanse que lo que sucedía era el resultado de sus esfuerzos y de su voluntad, mientras que todo era obra de la naturaleza, dispuesta por Dios, que es el único que le da sus leyes inmutables. ¡Cuántos seres hay que se creen muy poderosos y no son más que ciegos instrumentos!

El hielo, al perder su fuerza y su volúmen, perdía tambien su arrogancia.

—Después de todo, decia, ¿para qué hemos de reñir? ¿No hemos nacido el hielo, el agua y la nieve para vivir en paz y en buena inteligencia?

Tan reducido y débil quedó el hielo, que el agua, saltando de todas partes, le dispersó en fragmentos y partículas de diversas formas. La nieve, que estaba esparcida en las orillas, se fué descomponiendo á su vez, y entónces el hielo, la nieve y el agua se confundieron y formaron una misma corriente. Así conocieron sus errores pasados y lo inútil de sus reyertas.

—¿Para qué hemos vivido en guerra? decían. Somos culpables por no haber reconocido ántes que debíamos vivir como hermanos.

Y se abrazaron y se besaron fraternalmente. Ya era tiempo de que se reconciasen.

En algunos dias el deshielo fué completo; del hielo y de la nieve no quedó señal; se habían confundido con el agua. El hielo y la nieve eran agua, lo mismo que tanto habían odiado. Así se persuadieron de que, bajo apariencias diferentes, no

eran más que una misma sustancia.

Lo mismo sois vosotros, niños. Todos sois hermanos y os debeis amar unos á otros, como lo dispuso Dios con su infinita sabiduría. Ni odios ni envidias deben existir entre vosotros. Todos, cada uno en la

esfera donde ha nacido y donde la suerte y su mérito le coloque, podeis servir al hermano y á la humanidad entera, y así os amará Dios y os dará la gloria.

DE MME. GATTY.

A MI MADRE.

Un árbol diz que del indiano suelo
Bajo el ardiente clima
Fresco y lozano crece,
Y en vez de alzar al cielo,
Cual tantos otros, su orgullosa cima,
Hácia la tierra en que su sér florece
Las ramas tiende con amante anhelo.
Así yo, madre mia,

Yo, que la edad ardiente cual ninguna
Cruzo de las pasiones,
No aspiro, no, á escalar con osadía
El cielo del poder y la fortuna,
Que, de otro afan mi corazon henchido,
En el regazo que formó mi cuna
Amor y calma busco agradecido.

M. CARRERAS Y GONZALEZ.

RETRATOS INFANTILES.

ROSITA.

(Continuacion.)

III.

Cuatro dias ha estado mala mi hermosa Rosita, pero ya está buena, y todavía no se explica que una medicina tenga la funesta facilidad de poner enferma á la niña que la toma, aunque no la necesite, con la mejor voluntad del mundo.

La que todavía sigue enferma es

la mamá de Rosita y no puede, bien contra su voluntad, ocuparse en cuidar de la casa, como es siempre su deseo, y solamente se limita á dar ciertas órdenes, para el mejor arreglo. La señorita Rosa, que pronto olvida el fatal incidente de las píldoras, comienza á reflexionar que, estando su mamá en el lecho, á ella corresponde el desempeño de las im-

portantes funciones de dueña de la casa, y su deber es, por consiguiente, el de cuidar que todo marche perfectamente y no se produzca ningun trastorno en el buen arreglo de las

haciendas de la casa. Así, cuando su mamá esté buena no podrá ménos de confesar que su hija es muy lista, muy hábil, muy cuidadosa, y que no hay idea buena que no le ocurra,



y que en ella puede descansar en lo sucesivo, porque no se le pasa nada y de todo cuida admirablemente.

La señorita comienza la inspeccion de la casa por el estudio de su señor padre, que es uno de los más famosos pintores de Madrid. Véanla us-

tedes contemplando como persona inteligente el retrato que á la sazón está haciendo su señor padre. Mucho le gusta á Rosita el retrato, pero cuanto más le mira más le parece que falta algo al retrato para que pueda tenerse por una obra perfecta.

—Pero, ¿qué es lo que le falta?...

Rosita continúa mirando al retrato, y persiste en su idea. Su gran instinto artístico le dice que allí fal-

ta algo, algo que dé animación y energía á la fisonomía de la persona retratada. Mira el retrato, y mira á la muñeca que tiene en sus brazos, como consultándola, porque la mu-



ñeca, educada por ella, también debe entender casi de todo.

Pero ya encontró Rosita lo que le falta al retrato. Este representa á un anciano general, que no usa siempre el uniforme, porque ya está exento de servicio por su edad y sus acha-

ques, y por eso está retratado de paisano; pero no por eso deja de ser un general, un distinguido y valiente general del ejército español, con un genio terrible, que todo el mundo le tiene respeto, y á un general no se le debe retratar sin.....

Ella lo arreglará todo. Cerca está la caja de pinturas y pinceles, y será cosa de un momento completar el retrato, y lo hará con tal primor que cuando el papá vea lo que ha hecho Rosita, no podrá menos de felicitarla por su buena idea.

Manos á la obra; Rosita deja la muñeca en el suelo, abre la caja, to-

ma un pincel, el más fino que encuentra, porque es obra delicada la que va á hacer, pero de pronto se detiene y escucha, no sea que venga alguien, porque no quiere que la interrumpen en su trabajo. Esto lo ha aprendido de su padre, que acostumbra encerrarse en su estudio siempre que trabaja.

(*Se continuará.*)

EL AHORRO EN LOS NIÑOS.

Una de las ideas que con mayor empeño debe imbuirse en el alma de la niñez es la idea del ahorro. Pocas enseñanzas producirán seguramente resultados más fecundos y beneficiosos que aquellas cuyo móvil sea crear en la infancia hábitos de economía.

El ahorro practicado siempre llega á ser una necesidad; practicado desde los primeros años de la vida, forma una circunstancia perpétua del carácter del hombre.

No sólo se logra de este modo conseguir cierta posición individual desahogada, aún entre las más ínfimas clases sociales, sino que se precaven con hábil y tranquila solicitud grandes catástrofes, evitando sus ruinosos y mortales estragos.

Con el ahorro, no sólo se obtiene prosperidad en el presente, sino que se conjura la miseria del porvenir, y es al propio tiempo que la recompensa el estímulo del trabajo.

La falta de economía, la ausencia del ahorro es la causa originaria de

esos motines socialistas, de esos crímenes monstruosos, de esos terribles males que, cual negras nubes preñadas de muerte, se ciernen sobre nuestras cabezas, como un peligro eterno y angustioso.

La clave de ese misterio pavoroso, la resolución de ese problema escrito con sangre en momentos de horrible conflagración á la luz del petróleo y de la pólvora, estriba en una sencilla costumbre, en una encantadora práctica: en el ahorro.

Procuremos aliviar en lo posible el mal presente, y robustezcamos en el bien á las generaciones venideras, dificultando sus extravíos y su desgracia.

Los niños, esos ángeles del hogar, que todo lo alegran y todo lo embelecen, al propio tiempo que se preparan á ser los regeneradores de la sociedad de los tiempos futuros, pueden conseguir mejor que nadie la rehabilitación de sus padres en los tiempos actuales.

El escolar á quien despues de manifestarle su maestro las ventajas y bellezas de la economía, le prueba de un modo práctico su utilidad, repite en su casa con el alborozo propio de la novedad todos los detalles propios del fenómeno que ha observado y cuyos efectos ha sentido, infiltrando en su casa la idea inapreciable del bien. El hombre llega á ser convencido por el niño, y el jornalero llega á rendir culto al ahorro como el escolar.

Todas las ideas fundamentales y características de la felicidad y el bienestar humano deben ser conocidas en principio por el niño en la escuela, con el solo objeto de que al ménos el nombre y la significacion vulgar de ellas no sean nuevos para él. Producida la primera impresion en su inteligencia, ésta se encarga despues, en su gradual desarrollo, de todo lo demas, facilitando el camino á profundos estudios y fecundas reflexiones sobre lo que ántes no pasaba de ser un entretenimiento infantil.

El estudio por medio del ejemplo material simbólico es preferible en cualquier caso á cualquier otro método de enseñanza.

Para arraigar en la niñez la idea de la economía, nada más eficaz y oportuno que la creacion en las mismas escuelas de pequeñas cajas de ahorros que demuestren de un modo práctico y real la utilidad y conveniencia de idea tan beneficiosa en todas las situaciones de la vida.

Un niño que todos los sábados, por

ejemplo, se acostumbra á depositar una cantidad insignificante en la pequeña caja escolar y trascurrido cierto tiempo le entrega despues de una sencilla cuenta el capital depositado con un tanto por ciento de réditos, es difícil que olvide las ventajas alcanzadas, pero sobre todo la ganancia obtenida.

Aquel niño no puede ménos de declararse amigo del ahorro y tiene mucho adelantado para no ser hombre despilfarrador.

En el extranjero se hallan establecidas en algunas escuelas las mencionadas cajas; y no hace mucho, *El Diario de Vervius* decia que las conferencias celebradas por el Inspector de primera enseñanza del distrito de Vervius con los maestros del mismo para excitarles á que propagasen entre sus discípulos la costumbre de hacer economías y depositarlas en la caja escolar, habian dado bien pronto el fruto que se deseaba. La caja de Vervius cuenta ya un gran número de jóvenes imponentes, y en el canton de Guica el número de los depósitos hechos asciende á una cantidad respetable.

Esta provechosa doctrina ha de infiltrarse en la niñez con sumo tacto y habilidad, pues si se presenta descarnadamente, sin revestirla de las galas morales y caractéres simpáticos que debe ostentar, se corre el peligro de metalizar las aspiraciones del niño, haciendo que adquiera propension á la mezquindad y al egoismo.

Para huir de este escollo, debe hermanarse en lecciones y ejemplos

la idea del ahorro con otras análogas, religiosas y morales.

Omitimos entrar en consideraciones respecto al beneficio que en España puede causar la realización de una idea que tan buenos resultados produce.

Nos limitaremos, para concluir, por

no repetir consideraciones que están en la mente de todos, que quizás se hubieran evitado serios desastres y graves trastornos en nuestra sociedad si la actual generación española hubiese conocido en su infancia las cajas de ahorros escolares.

J. DEL CASTILLO Y SORIANO.

PENSAMIENTOS DE FENELON.

La energía y el trabajo obstinado superan y vencen los mayores obstáculos. Casi no hay cosa alguna imposible para quien sabe trabajar y esperar. Los que se duermen, suponiendo que las cosas difíciles son imposibles, merecen todo el mal que les sobrevenga.

* * *

La impaciencia, que parece energía y vigor del espíritu, no es más que una debilidad y un afán de sufrir. La impaciencia hace perder las más importantes ocasiones. Produce malas inclinaciones y aversiones que perjudican los más grandes intereses; hace decidir los negocios más importantes por las más insignificantes razones; oscurece el talento, rebaja el valor y hace al hombre desigual, débil é insoportable.

Los hombres de carácter son infinitamente más raros que los de talento. El talento puede no ser más que un dón de la naturaleza; el carácter es el resultado de mil victorias logradas por el hombre sobre sí mismo. El talento es una cualidad; el carácter es una virtud.

* * *

Más ruinas hacen los hombres que el tiempo. Los minutos son largos; los años son cortos. La sabiduría es el buen sentido puesto en acción.

Más fácil es responder á los demás que contestarse á sí mismo.



HULKEM.

CUENTO ORIENTAL.

(Continuacion.)

Aun me hizo pasar otra noche en su casa el buen Hulkem, y á la mañana siguiente ví que entre los pliegues de mi turbante habia puesto aquellas cien monedas de oro que el dia ántes no habia conseguido que yo admitiera. Tomé solamente una de las monedas, y coloqué el resto debajo del cojin que me habia servido de almohada, y nada quise decirle, imitando así su extremada y noble delicadeza.

—¿Y bien?... preguntó Hassan: ¿por qué has devuelto sin dar grandes muestras de sentimiento las cien monedas de oro de Hassan, y te obstinabas en reservar esa única de las que no quisiste recibir de Hulkem?

—Porque la dádiva de Hulkem me honraba, y la de Hassan me humilla. En la casa de Hulkem yo era como en todas un pobre; pero todo contribuía á hacérmelo olvidar: en la de Hassan todo me advierte de la distancia que nos separa á uno de otro. Hassan no es más que espléndido y justo; pero Hulkem es benéfico y modesto.

—¿Cuán injusto eres! exclamó irritado Hassan.

Y arrojando á los piés del anciano una bolsa llena de oro, se alejó diciendo:

—¿Toma, miserable! Aunque le has ofendido, Hassan es quien te la da.

—¿Cómo! exclamaba despues al volver á su palacio, un mendigo tiene en poco mis beneficios, y prefiere la muerte á la pérdida de una vil moneda de Hulkem?... ¡Oh! me ha dado una leccion que no dejaré de aprovechar... No se ha de decir que un hombre como yo, poseedor del más magnífico palacio de Oriente y dueño de mil esclavos, no concluye por ser tan dichoso como merece.

Hassan desde aquel dia empezó á hacer á los viajeros una acogida más lisonjera; él mismo salia á recibirlos, los llamaba sus hermanos y les prodigaba oro y pedrerías, para que su generosidad fuese cada vez con mayor entusiasmo preconizada. Sentado estaba un dia á la sombra de sus majestuosas palmeras, cuando llegó á distinguir un hombre, dominado al parecer por un profundísimo dolor.

—La fortuna me le trae, se dijo; ese infortunado necesita auxilio sin duda. ¡Cuán feliz seré si hago que dentro de poco no nublen su frente las sombras del dolor!

Sin embargo, el viajero pasaba sin que pareciese haber fijado su

atencion en el maravilloso palacio de Hassan; éste, en tanto, contrariado por aquel desden, sale á su encuentro, le habla y le pregunta la causa de su tristeza.

—Yo me llamo Helim, responde el viajero, y en mí estais viendo el hombre más desdichado de la tierra. Poseia una esposa la más bella, la más envidiada de Bagdad; sus virtudes me habian hecho amarla con verdadero frenesí: ella era la felicidad de mi vida. Pero Ibraim, el odioso favorito del califa, enamorado de ella, tuvo la imprudencia de ofrecirme mil marcos de oro en cambio de mi adorada, de mi buena Selina; yo desprecié esa infame proposicion, y el miserable ha cometido el crimen de robarla de mi hogar, sin que mis gritos, mis sollozos y mi desesperacion hayan conmovido su corazon de roca. Quise quejarme al califa; pero el verdugo de mi felicidad me hizo aparecer á sus ojos como cómplice en no sé qué atentado supuesto, y me desterraron de Bagdad.

—Consuélate, le dijo Hassan, y sígueme, que voy á devolverte la felicidad.

Y condujo á Helim á su harem.

—Ve y elige, le dijo, la que pueda hacerte olvidar á tu esposa; es tuya.

—¡Oh! ¡cuán poco conoceis lo que es el amor! exclamó tristemente el apenado esposo.

—Aun tengo, repuso Hassan, otros medios de devolverte á la mujer á quien amas; permanece en mi palacio no más que dos dias; un amigo leal te lo suplica.

Hassan ofreció al malvado Ibraim la más hermosa de sus mujeres si queria devolver la de Helim á este desgraciado esposo; pero por toda respuesta no obtuvo más que una severa prohibicion de mezclarse en asuntos que no fueran de su pertenencia y la amenaza de ser cruelmente castigado si insistia.

—Ya ves, dijo á Helim, el peligro á que me he expuesto por querer servirte; toma, amigo mio, cuanto oro quieras de mis arcas, y sirva eso, si no de consuelo á tu pesar, de medio para facilitar tu venganza.

Helim, desesperado, le saludó y se alejó.

Y Hassan se dijo:

—Hulkem no hubiera hecho seguramente lo que yo acabo de hacer.

Algunos dias despues de esta aventura Hassan vió pasar un palanquin, escoltado por un apuesto jinete, en quien reconoció á Helim; éste reconoció tambien á su protector, y deteniéndose le dijo:

—Ya soy dichoso, señor. Selina vuelve á mi hogar, y ¿sabeis á quién debo esta dicha? A Hulkem.

En cuanto supo mi desgracia fué á ver al califa.

—Poderoso señor, le dijo; vengo á advertirte de una conspiracion fraguada, no contra tu vida, sino contra tu gloria. Y le refirió la criminal accion de Ibraim.

Tu pueblo te adora, añadió, porque eres bueno y justo; pero no sufrirás que á la sombra de tu nombre tus favoritos ejerzan una tiranía de que la historia podrá hacerte respon-

sable. Ibraim fué castigado: Selina entregada al buen Hulkem, y Hulkem, poniéndola en mis brazos, ha devuelto al alma la felicidad perdida.

Hassan no pudo escuchar más; los elogios que se prodigaban á Hulkem eran para él motivo de despecho y de vergüenza.

—En tanto que ese hombre viva, se dijo, no podré ser dichoso; la tranquilidad, la gloria, la felicidad, todo me lo roba ese rival aborrecido. ¡Oh! es preciso que muera Hulkem: los dos no cabemos en el mundo.

Dominado de esta siniestra idea, Hassan se dirigió disfrazado á la casa de Hulkem; preguntó por él y le dijeron que se hallaba ausente. Iba á seguir el camino con objeto de en-

contrar á su rival, á quien se esperaba de un momento á otro; pero detúvose ante una sencilla casa de pobre apariencia; más que la casa le habia cautivado la atención la presencia de una jovencita que, sentada en un banco próximo, contemplaba algunas bellísimas flores, cautivas en un vaso de tan buen gusto como sencillo. Hassan admira la hermosura de aquella niña; cálmase su cólera; olvida á Hulkem, y no ve más que á la inocente Zulima, quien al verle se le acerca diciendo:

—Jóven extranjero, entrad si os place en nuestra pobre morada; mi padre está ausente, pero yo he aprendido de él á recibir á los huéspedes, y no le echaréis de ménos.

(*Se continuará.*)

JEREMÍAS.

El profeta Jeremías, hijo del sacerdote Elcías, nació en Anathoth, cerca de Jerusalem, y empezó á profetizar bajo el reinado de Josías, 629 años ántes de Jesucristo. Las desgracias que predijo á los judíos y la entereza con que lo verificó, acusándoles por sus desórdenes, fué causa de que aquéllos se encolerizasen y le arrojáran á un foso lleno de barro, de donde le hizo retirar un ministro del rey Sedecías. Pronto pudo comprobarse la exactitud de sus profecías: habia anunciado la toma de Jerusalem, y esta ciudad se entregó efectivamente á los babilonios el año

606 ántes de Jesucristo. Nabuzardan, general del ejército de Nabucodonosor, concedió al profeta la libertad de marchar á Babilonia, donde sería respetado, ó de permanecer en Judea, prefiriendo Jeremías esto último para consolar á sus compatriotas y aconsejar bien á Godolías, gobernador de Judea; pero este hombre imprudente despreció sus advertencias y fué asesinado con todas las personas de su acompañamiento. Temiendo los judíos el furor del rey de Babilonia, quisieron encontrar en Egipto su salvación, y aún cuando Jeremías trató de di-

suadirlos no pudo convencerlos, y los siguió con su discípulo Baruch, acusándoles siempre por sus crímenes.



La Sagrada Escritura no menciona su muerte: créese que los judíos, irritados por sus continuas amenazas, le lapidaron en Taphné, año 590 antes de Jesucristo. Las *Profecías* de Jeremías contienen 51 capítulos.